

Montar en bus resulta temerario para ciertos tipos sociales⁷. De ello da fe la crónica de un periodista⁸ que, durante la jornada bogotana que prohíbe el tránsito a los vehículos privados, decide revivir viejos tiempos, aquellos cuando «(fue) un verdadero experto (en) montar en bus». Su crónica va desarrollándose de un modo entre humorístico y terrorífico que recorre el espacio del carromato en busca de asiento con un ligero horror que destaca la vulgaridad humilde de algunos pasajeros, la «bocanada irritante de humo de exhosto» o los golpes de la puerta al abrir y cerrar la salida de los ocupantes. Su afanada búsqueda de puesto en el transporte termina convertida en batalla pintoresca: «hay que llegar al sitio escogido con una determinación de soldado en combat».

Los estudiantes universitarios suelen utilizar este transporte, dentro de ciertos horarios. Los antaño estudiantes, los profesionales, lo olvidan casi por completo y, como acabamos de ver, este olvido afecta también a ciertas destrezas. El enorme vehículo se transforma al cabo de los años en algo peligroso. Sus escalones representan para el ciudadano próspero una imagen de Escher: al ascender por ellos se desciende a esos íferos donde aditamentos como el teléfono celular resultan inadmisibles. Esto lo señala un antiguo poeta de vanguardia, ahora funcionario gubernamental: considerando que su vehículo estatal no puede circular por restricciones de placa y dada una escasez de taxis, se decide a tomar un bus: «En el camino me dio oso, como dice mi hija, que de pronto me llamara el gobernador al celular y me hallara allí»⁹. Es tanta la vergüenza del antaño *enfant terrible*, que decide apearse, procurándose un paradero menos peligroso que aquél cercano a su domicilio, enclave rodeado de peligros, barrio habitado por profesionales audaces, prósperos integrantes de una minoría sexual y bohemios intelectuales. Pero los malditos escalones del bus, la ausencia de vehículo privado (aunque aquí paradójicamente estatal) ya han situado al personaje en plena selva de asfalto: sufre enseguida un atraco en el taxi: «Extrajeron mis lapiceras de plata, la chequera, el celular (...) y comenzaron a exigir la tarjeta débito, que hallaron en mi tarjetero de cuero».

⁷ Sobre el particular resultan muy incisivas las preguntas retóricas de un columnista acerca del efecto que la asunción del estatuto de usuario del transporte masivo colombiano podría tener sobre la mentalidad de diversos miembros del establecimiento, v.gr.: «¿Cómo escribiría Apuleyo si en lugar de pisar las mullidas alfombras de su vehículo tuviera que sortear el bulto de armeros que lleva la mujer que viaja a Bosa?» Cf. Fernando Garavito, «En Bus», en *Cambio*, enero, 6/97.

⁸ Roberto Pombo, «Favor correrse atrás», en *Cambio*, febrero 28/00.

⁹ Jotamario Arbeláez, «El paseo millonario», en *El Espectador*, julio 11/99.

Imagino ese tarjetero de cuero, comparo esas lapiceras de plata con el bolígrafo que hace poco compré en un bus, añadido ahora a las ruinas de otros tantos adquiridos en idéntica circunstancia. Ciertamente un universitario como yo, negado a realizar funciones de chofer, adhiere por eso mismo a la cosmética de la baratija. Al firmar un cheque bancario con ese bolígrafo de pacotilla me asaltan temores acerca de su eventual invalidez. Mi cosmos, mi atuendo, convoca tanto la esmerada fachada, la moda estudiantil terriblemente embellecida como, dada mi colección de baratijas compradas a los ambulantes, el eco de la letanía pordiosera-vendedora de unos seres volátiles cuya dualidad (limosnear y vender) guarda afinidad con aquélla de la prostituta benjaminiana, simultáneamente vendedora y mercancía. La prostituta señala hacia ese punto límite que Romero menciona al enumerar algunas conductas delictivas dictadas por la necesidad: la venta de sí mismo. De dicha moral del abatimiento se aleja el relicario de baratijas adquiridas durante esas sesiones corteses o descorteses, carentes o cargadas de urbanidad. En el curso de dichos discursos he visto ofrecer velas de incienso, abanicos chinos, agujas, pulseras terapéuticas, ungüentos, maní, bolsas plásticas para la basura, artesanías trabajadas por antiguos drogadictos, estuches, juegos de lapiceros, recetarios, almanaques, folletos o estampas religiosas etc. Esto, siempre que no se trate de una oferta más instantánea como el canto de unas pocas piezas con o sin acompañamiento instrumental o el relato llano de alguna desgracia asociada a la urbe o su *hinterland*: se acaba de llegar a ésta, se ha perdido el empleo, un gasto médico imprevisto supera los ingresos del humilde que habla, durante el corte en los cañaduzales aledaños a la ciudad el jornalero que habla perdió una pierna (cosa que obliga a sustituir el corte de caña por el limosneo urbano), etc. Dentro de esta última categoría suelen aparecer aquéllos cuya mendicidad vende una mentira (o, diría Lacan, dice la verdad en la forma de una ficción): se pide dinero para la compra urgente de una droga que debe administrarse en cuestión de horas; y el mismo personaje repite el mismo guión, la misma escena, al cabo de una semana: juega a desatar el abucheo.

Un hilo fino une la moneda entregada con el aplauso y a la indiferencia *blasé* con el abucheo; otra fibra no menos sutil iguala al paria con el nómada o el aventurero audaz. Los hilos precarios revelan finalmente un curioso tapiz. Se entretrejen allí vergüenzas imposibles, intrigas, minusvalías, publicidades, andrajos, jactancias, espectáculos, fracasos, éxitos, ventas y limosnerías: aquel ambulante ofrece los productos depreciados de una multinacional; aquel otro hace lo mismo con imitaciones de pacotilla; éste entona una retórica diplomática que pide disculpas por la interrupción y

recalca la libertad del pasajero para comprar o no; este otro expone los motivos de su rehabilitación, para incitar a una colaboración voluntaria, una compra, una opción alternativa al atraco en las calles.

Dentro de la moral abatida, los esgrimidores de la baratija son moderados, aun cuando su letanía contenga ocasionales elementos de chantaje y amenaza: su embestida es diplomática, una suerte de equivalente siniestro de las relaciones públicas: una duplicación del universo jactancioso capaz de reducirlo a la orgullosa o desafiante exhibición de vulnerabilidades y andrajos. La forma de este asalto duplica de un modo gentil, pintoresco, el subterfugio delictivo inherente a la moral abatida. La coacción física y la estafa sufren una modificación que las transforma en una coacción moral, de modo análogo a aquél en el cual la jactancia o las relaciones públicas dejan de corresponder a una ostentación de símbolos prestigiosos para transformarse en un grado cero de la dignidad humana. Estos pequeños vendedores no me han asaltado; antes bien, me han procurado reliquias seculares, *souvenirs* de su desempleo, colecciones como ésta que he curado yo: una ruinosa serie de bolígrafos perdidos como el Odradek kafkiano, olvidados o arrinconados como viejos carretes en mi domicilio.

* * *

Bien decía el poeta en su crónica: «hacía años no montaba en bus». Lustrós, seguramente. El vate constituye hace tiempo una figura establecida. Pero antaño viajó en bus, padeció sus asperezas, fue integrante de una masa-semillero. Igual debió ocurrir con uno de nuestros más esclarecidos políticos, ese ex ministro, ex procurador, ex candidato a la Presidencia de la República cuya obtención de un título académico fue posible gracias a su desempeño de humildes oficios, llamando la atención entre éstos el de detective secreto del almacén Sears (S. jun. 25/96)¹⁰. Este pasado de urbanas dificultades lo invoca uno de sus seguidores, quien sindicó así a un político del campo rival tildándolo de «académico que tuvo que comprar un bus para poder experimentar la emoción popular de montar en uno.» (S. abr. 6/98). Se impugna el montar en bus como gesto de la campaña política, como fijo y barroco protocolo que apela a la masa-semillero en cuanto

¹⁰ Esta es la primera de una serie de referencias tomadas de las revistas *Semana* y *Cambio*. No se especificarán los títulos de los reportajes o artículos como se ha hecho en el caso de las columnas, reiterando de este modo el anonimato de los reporteros. Se indicará abreviadamente la fecha y la identidad de la revista (S. = *Semana*, C. = *Cambio*).

electorado, sugiriéndose entonces que las élites modernizantes colombianas no tiene derecho a interpelar de ese modo al colombiano de la calle¹¹.

No sorprende entonces que, antes o después de su intento electoral (uno que apuntaba a la alcaldía de Bogotá), el cuestionado personaje, «académico que tuvo que comprar un bus», quien por aquella época estrenaba el estatuto de ex rector de la más destacada universidad de las élites, hubiese optado por desempeñarse como *barman* de éstas, como empresario-fundador de un exclusivo establecimiento: «El lugar, especial para disfrutar el jazz, el buen cine y un excelente trago, fue testigo de las grandes habilidades que Hommes empieza a demostrar en la selección de la música, la atención al público y la preparación de cocteles.» (S. noviembre 17/97). Se pone de manifiesto aquí una dimensión festiva de las retóricas y contratos de un vínculo promotor cuyo grado cero podría encontrarse en mi patrocinio de los citados vendedores de bolígrafos. Propongo contrastar esta tensa diplomacia acechada por lo marginal con aquel festejo barroco cuyo anfitrión-*barman* ha sido no sólo rector universitario sino ministro promotor de la economía de mercado internacional («apertura económica») y de las reformas académicas encaminadas a otorgar a la competitividad el estatuto de centro único de la vida universitaria.

Acaso sea éste un buen momento para introducir a otro ex rector, el de la principal universidad del Estado, un matemático eventualmente elegido alcalde de Bogotá. No nos detendremos en la inclinación hacia los *happenings* o efectos de sorpresa de su «pedagogía ciudadana», algo que aquí interesaría resaltar en su vertiente manierista. Interesa más examinar una posición suya frente al transporte público: su negativa a propiciar la alternativa de carros de pedal como alivio para el infernal y contaminante tráfico bogotano. Esa negativa lo distancia de uno de sus principales asesores, coautor de la política de «cultura ciudadana» con la cual el matemático-burgomaestre ha distinguido su gestión. A éste su asesor, otro académico, un «profesor de semiótica», lo califica en adelante de «previsible y repetible», esto es, de traidor frente a sus propios *happenings*, manierista vergonzante negado a los carros de pedal porque éstos nos harían parecer a Tailandia (S. septiembre 8/97).

Así que aunque sólo catorce de cada cien ciudadanos utilicen el vehículo privado, debe continuar la hegemonía del bus en ciudades como Bogotá o Cali, urbes para las cuales el metro representa una meta utópica e inase-

¹¹ «En Bogotá, de cada cien personas sólo catorce nos movilizamos en carro», afirma en febrero del 2000 el aviso publicitario de una alcaldía dispuesta a descontaminar la ciudad mediante jornadas que suspendan el tráfico de vehículos privados.